

Ryūnosuke Akutagawa

La Nariz

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **LA NARIZ**

**RYŪNOSUKE AKUTAGAWA**

**PUBLICADO: 1916**

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA  
ORIGEN: GUTENBERG.ORG**

# LA NARIZ

En cuanto a la nariz de Zenchi, el acólito interno, no hay nadie en Ikeno que no la conozca. Mide entre cinco y seis pulgadas de largo, colgando desde el labio superior hasta debajo de la barbilla, y es uniformemente gruesa en toda su longitud, pareciendo un largo embutido que cuelga directamente en el centro de la cara.

Zenchi, que ya ha superado los cincuenta años, ha sido atormentado internamente por esta nariz desde su juventud como novicio hasta ahora, que ha ascendido al cargo de acólito interno del templo. Aunque externamente parece no preocuparse demasiado por ello, su actitud no se debe solo a que considera que un monje aspirante a la tierra pura no debería preocuparse por su nariz. Más bien, le disgusta que la gente sepa cuánto le preocupa su propia nariz. Zenchi siempre temió que la palabra "nariz" saliera en cualquier conversación.

Hay dos razones por las que Zenchi encontraba su nariz problemática. La primera es práctica: tener una nariz tan larga es incómodo. No puede comer solo porque, si lo hace, la punta de su nariz se sumerge en la sopa del cuenco. Así que tenía que sentar a uno de sus discípulos frente a él durante las comidas para que sostuviera su nariz con una tabla de unas dos pulgadas de ancho y dos pies de largo. Comer de esta manera no era fácil ni para el discípulo que sostenía la nariz ni para Zenchi. Hubo una ocasión en la que un joven monje que reemplazaba al discípulo habitual estornudó, haciendo que la nariz de Zenchi cayera en su cuenco de arroz. Esta historia se extendió hasta Kioto. Pero esta no era la razón principal por la que Zenchi se sentía

afligido por su nariz; lo que realmente le causaba dolor era el daño a su autoestima.

La gente de la ciudad de Ikeno decía que era una bendición que Zenchi, con semejante nariz, no fuera laico. Pensaban que con esa nariz, ninguna mujer querría casarse con él. Algunos incluso especulaban que se había hecho monje debido a su nariz. Pero Zenchi no sentía que ser monje le hubiera ahorrado ninguna preocupación relacionada con su nariz. Su autoestima era demasiado delicada para ser afectada solo por cuestiones como el matrimonio. Por lo tanto, Zenchi intentó tanto activa como pasivamente restaurar su autoestima dañada.

Lo primero que trató fue hacer que su larga nariz pareciera más corta. Practicaba frente al espejo en diferentes ángulos cuando nadie lo veía, tratando de encontrar la posición que menos acentuara su nariz. A veces, cambiaba la posición de su cara, tocaba su barbilla o apoyaba la cabeza en su mano mientras miraba fijamente al espejo durante largos períodos. Sin embargo, nunca logró que su nariz pareciera más corta de lo que le satisficiera; de hecho, cuanto más lo intentaba, más larga parecía. Cuando esto sucedía, guardaba el espejo con un suspiro, resignado, y regresaba a su escritorio para continuar con sus lecturas de los sutras.

También estaba constantemente preocupado por las narices de otras personas. El templo de Ikeno a menudo albergaba sermones y discursos, y muchos monjes y laicos visitaban el lugar. Zenchi observaba meticulosamente los rostros de estas personas, esperando encontrar a alguien con una nariz como la suya para sentirse consolado. Pero aunque veía narices aguileñas, nunca encontró una que se pareciera a la suya. Cuanto más buscaba y no encontraba, más incómodo se sentía. Incluso llegó a momentos en que, mientras hablaba con alguien, involuntariamente tocaba la punta de su nariz y se sonrojaba de vergüenza.

Finalmente, Zenchi buscó en los textos sagrados a alguien con una nariz como la suya para al menos sentir algún consuelo. Sin embargo,

no encontró en los sutras ninguna mención de que personajes como Maudgalyayana o Shariputra tuvieran narices largas. Tampoco Nagarjuna ni Asvaghosa, que eran bodhisattvas con narices normales, tenían una. Zenchi incluso pensó cuánto más tranquilo se sentiría si la historia que había escu-

chado sobre Liu Bei de Shu en China, quien tenía orejas largas, hubiera sido en cambio sobre alguien con una nariz larga.

Aunque Zenchi hacía todos estos esfuerzos pasivos, también intentó activamente métodos para acortar su nariz. Hizo casi todo lo posible en este sentido, incluyendo beber decocciones de calabaza amarga y frotarse la nariz con orina de ratón, pero nada reducía su nariz, que seguía colgando tan larga como siempre sobre su labio superior.

Un otoño, un discípulo que había ido a Kioto por asuntos de Zenchi aprendió de un médico conocido, un hombre que había venido de China y ahora era monje en el templo de Chorakuji, un método para acortar narices largas. Zenchi, siempre fingiendo que no le importaba su nariz, no mostró un interés inmediato en probar el método. Mientras tanto, expresaba casualmente durante las comidas cuánto le pesaba hacer trabajar tanto a sus discípulos. Internamente, esperaba que el discípulo monje lo convenciera de probar el método. El discípulo, entendiendo la estrategia de Zenchi y quizás más conmovido por la necesidad de Zenchi de recurrir a tal estratagema, insistió apasionadamente en que probaran el método. Zenchi, como esperaba, finalmente accedió a seguir la insistente recomendación.

El método era simple: solo tenía que hervir su nariz en agua caliente y luego hacer que alguien la pisara. Como en el templo se hervía agua todos los días, el discípulo monje rápidamente trajo agua hirviendo en un balde desde la cocina. Sin embargo, sumergir directamente la nariz en el balde era peligroso debido al vapor, así que perforaron un agujero en una bandeja y la usaron como tapa del balde, sumergiendo la nariz de Zenchi en el agua a través del agujero. Sorprendentemente, aunque su nariz estaba sumergida en el agua caliente, no sentía calor alguno. Después de un rato, el discípulo dijo:

—Debe estar lo suficientemente hervida ahora.

Zenchi sonrió irónicamente, pensando que nadie se daría cuenta de que estaban hablando de su nariz solo con escuchar eso. Su nariz se sentía irriantemente picante por el vapor. El discípulo entonces comenzó a pisar la nariz de Zenchi, que aún despedía vapor, poniendo todo su peso sobre ella mientras Zenchi yacía de lado, viendo los pies del monje moverse arriba y abajo. De vez en cuando, el discípulo miraba la cabeza calva de Zenchi con una expresión de lástima y decía:

—¿Le duele? El médico dijo que debía pisar fuerte, pero ¿le duele?

Zenchi sacudió la cabeza, intentando indicar que no dolía, pero como le estaban pisando la nariz, no podía mover bien la cabeza. Así que, usando sus ojos para mirar fijamente al discípulo, dijo con voz irritada:

—No duele.

En realidad, como le estaban pisando un lugar que solo picaba, sentía más alivio que dolor. Después de pisarla por un tiempo, comenzaron a aparecer protuberancias en la nariz de Zenchi, parecidas a granos de mijo; parecía un pequeño pájaro desplumado y completamente chamuscado. Al ver esto, el discípulo detuvo sus pisadas y murmuró como si hablara consigo mismo:

—El médico dijo que deberíamos sacar esto con unas pinzas.

Zenchi infló sus mejillas descontento y se quedó callado, dejando que el discípulo hiciera lo que dijera. Aunque comprendía la amabilidad del discípulo, le disgustaba que manejaran su nariz como si fuera un objeto inanimado.

Con una expresión en su rostro como la de un paciente que recibe una operación de un médico en quien no confía completamente, observó resignadamente cómo el discípulo usaba las pinzas para extraer la grasa de los poros de su nariz. La grasa, que tenía la forma del tallo de una pluma, se extraía en segmentos de alrededor de un cuarto de pulgada.

Después de completar el proceso, el discípulo, con un suspiro de alivio, dijo:

—Ahora deberíamos hervirla una vez más.

Zenchi todavía mostraba una expresión de insatisfacción, pero siguió las instrucciones del discípulo. Cuando sacaron la nariz del segundo baño de agua caliente, de hecho parecía inusualmente corta, casi indistinguible de una nariz normal. Zenchi, mientras acariciaba su nariz ahora corta, miró con timidez en el espejo que el discípulo le ofrecía.

La nariz, que antes colgaba hasta debajo de su barbilla, se había encogido increíblemente, quedando apenas por encima de su labio superior, donde se aferraba débilmente. Las áreas que aún estaban enrojecidas probablemente eran marcas de haber sido pisadas. Con una nariz así, pensó, nadie volvería

a burlarse de él. El rostro de Zenchi en el espejo parpadeó satisfecho al ver su reflejo.

Sin embargo, ese día aún albergaba la inquietud de que su nariz pudiera volver a crecer. Por lo tanto, tocaba la punta de su nariz con la mano cada vez que tenía un momento libre, ya fuera durante la recitación de sutras o mientras comía, para asegurarse de que seguía siendo corta. Pero la nariz se mantuvo bien comportada, permaneciendo justo por encima de su labio sin mostrar signos de caer más. Después de una noche de sueño, Zenchi se despertó temprano al día siguiente y lo primero que hizo fue tocar su nariz. Seguía siendo corta. Por primera vez en muchos años, se sintió completamente aliviado, como si hubiera acumulado méritos al copiar sutras del Loto.

Pero dentro de unos días, Zenchi descubrió algo inesperado. Un samurái que había venido al templo de Ikeno por asuntos lo miraba con una expresión aún más ridícula que antes, apenas hablaba y solo miraba fijamente la nariz de Zenchi. No solo eso, sino que el joven monje que una vez había dejado caer la nariz de Zenchi en su arroz, cuando se cruzó con Zenchi fuera del salón de lectura, al principio aguantó la risa mirando hacia abajo, pero al final no pudo contenerse y estalló en carcajadas. Y no solo una o dos veces, sino que cada vez que Zenchi les daba la espalda, los monjes menores comenzaban a reírse en voz baja.

Al principio, Zenchi interpretó esto como una reacción a su rostro cambiado. Pero esta explicación no parecía suficiente. Por supuesto, la razón por la que el joven monje y los otros se reían estaba allí, pero incluso si se reían, había algo diferente en la forma en que lo hacían en comparación con cuando tenía la nariz larga. Se podría decir que una nariz corta inusual parecía más cómica que una nariz larga a la que estaban acostumbrados, pero parecía que había algo más.

— Antes no se reían tan abiertamente.

Zenchi dejaba de recitar los sutras y murmuraba esto de vez en cuando mientras inclinaba su cabeza calva y miraba absorto la imagen de Samantabhadra a su lado, recordando los días cuando tenía la nariz larga y suspirando por los "buenos viejos tiempos".

Lamentablemente, Zenchi carecía de la claridad para responder a esta pregunta.

—El corazón humano alberga dos sentimientos contradictorios. Por supuesto, no hay nadie que no simpatice con la desgracia ajena. Sin embargo, cuando esa persona logra salir de alguna manera de esa desgracia, por otro lado, uno siente de alguna manera que algo falta. Exagerando un poco, incluso

se llega a desear ver a esa persona caer de nuevo en la misma desgracia. Y, sin darse cuenta, se desarrolla una especie de hostilidad pasiva hacia esa persona. Lo que Zenchi sentía incómodamente, sin saber por qué, era una percepción sutil del egoísmo del espectador en la actitud de los monjes y laicos de Ikeno.

Así que Zenchi se volvía cada día más malhumorado. A la menor provocación, reprendía a todos con maldad. Al final, incluso el monje discípulo que había tratado su nariz llegó a decir a sus espaldas que Zenchi estaba cometiendo el pecado de la avaricia espiritual. Lo que más enfureció a Zenchi fue aquel joven monje travieso. Un día, al oír un fuerte ladrido de perro y salir a ver qué sucedía sin pensar, vio al joven monje persiguiendo a un perro flaco y peludo con un palo, no solo corriendo detrás del perro, sino gritando mientras lo hacía: "¡Cuida tu nariz, cuida tu nariz!" En un arrebato de ira, Zenchi arrebató el palo de las manos del joven monje y lo golpeó en la cara. El palo resultó ser el mismo que se había usado para sostener su nariz.

Zenchi lamentaba amargamente haberse hecho cortar la nariz.

Entonces, una noche, después de que el sol se puso, el viento comenzó a soplar repentinamente, y el sonido de los campanarios del templo retumbaba enojosamente cerca de su almohada. Además, el frío se intensificó notablemente, y Zenchi, un anciano, no podía dormirse por más que lo intentara. Mientras yacía despierto en su cama, de repente notó que su nariz estaba inusualmente picante. Al tocarla, sintió que estaba ligeramente hinchada y parecía estar incluso un poco caliente.

—Tal vez me enfermé por haberla acortado tanto.

Zenchi, sosteniendo su nariz con manos reverentes como si ofreciera flores e incienso frente a un Buda, murmuró esto.

A la mañana siguiente, Zenchi, como de costumbre, se despertó temprano y lo primero que hizo fue tocar su nariz. Dentro del templo, los ginkgos y los robles habían perdido sus hojas durante la noche, iluminando el jardín

con un resplandor dorado. Probablemente debido a la escarcha, las nueve esferas del techo del templo brillaban deslumbrantemente bajo el tenue sol de la mañana. Zenchi, de pie en el alféizar de una ventana abierta, tomó una profunda bocanada de aire fresco.

Casi había olvidado una cierta sensación que ahora volvía a él.

Apresuradamente llevó su mano a su nariz. Lo que tocó no fue la nariz corta de la noche anterior. Desde el labio superior hasta debajo de la barbilla, colgaba una nariz de cinco o seis pulgadas de largo, la nariz larga de siempre. Zenchi se dio cuenta de que su nariz había vuelto a su largo habitual durante la noche. Y al mismo tiempo, sintió que el mismo alivio que había experimentado cuando su nariz se acortó estaba regresando de alguna parte.

— Así, nadie volverá a burlarse de mí.

Zenchi susurró esto para sí mismo mientras dejaba que su larga nariz se meciera en el viento otoñal de la mañana.

(Taisho, enero de 1916)

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**